

**RELATOS GANADORES DEL CONCURSO DE RELATO CORTO
POLICIACO “ANGEL LUIS MOTA” ORGANIZADO POR EL INSTITUTO
ALFONSO VIII, Y FINALISTAS DE LA MODALIDAD DE BACHILLERATO Y
CICLOS FORMATIVOS**

PRIMER PREMIO

MODALIDAD 3 (BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS)

AUTOR: SARA RODRÍGUEZ CARRASCO

CURSO: 1º BACHILLERATO

CENTRO: IES ALFONSO VIII

LA FORMA DE LA MUERTE

19 de enero, año del Señor de 1402.

Cae la noche en una ciudad de piedra y forja. La luna en su cénit amenaza a todo aquel que tiene la valentía de vagar por las callejas en estos días, donde los acontecimientos no hacen más que sobrecogernos. Escribo estas letras aterido por el frío y la humedad de mi celda, instigado por una imperiosa necesidad de abstraerme tras una dura jornada, cuya única salida ha sido ensimismarme en la escritura.

Es la etérea silueta de una catedral desenfocada por la condensación de mi ventana el único testigo de mi más sentido desasosiego, que me juzga sin piedad, mientras una gélida brisa azota con ternura cada palmo de mi viejo cuerpo.

Son tiempos oscuros; desde que fuimos abordados por la peste negra esta ciudad no ha vuelto a enderezarse y muy lejos anda de ello, pues tras sobrevivir a tan dura epidemia ahora hemos vuelto a recaer en un mal, no mayor en número de víctimas, pero sí en grado de incertidumbre. ¡Qué dichosa es la muerte, pues no distingue entre clases ni estamentos, ni tampoco entre sexos y edades! ¡Qué inconformista y avara, que no se sacia con asesinos o ladrones, tampoco con señores corruptos ni inquisidores injustos! Sino que, irónicamente, se lleva a los más honestos y agradecidos, pues son algunos de mis hermanos del convento, junto con una multitud de fieles devotos, a los que esta vieja dama igualatoria ha arrebatado la vida, llevándoselos consigo.

No es la sagacidad un amigo que me acompañe a tan altas horas de la noche que ya alcanzan a ser, pero la intranquilidad logra, a menudo, ser el incentivo para resolver ciertos enigmas que me turban sin piedad.

Es Sor Catalina el alma que a día de hoy encabeza una larga lista de difuntos, siendo hallada a la media tarde de un domingo triste, donde el frío no da tregua y araña los cristales, yaciendo en el suelo con la mirada apagada en dirección al Calvario del retablo mayor de la Catedral. Desde ella, las víctimas han sido decenas, todas y cada una de ellas cristianos ejemplares. Desde hermanas de la caridad hasta el antiguo abad de mi convento pasando por el más inocente de los campesinos, cuyo único pecado es sentirse culpables de protestas por pasar hambre. Hasta el día de hoy todas han pasado por casuales defunciones que, sin saber nadie el motivo, han sido etiquetadas de naturales, por ser a causa de una gripe o unas fiebres muy altas. Pero la gente está muriendo en Cuenca; las calles desiertas son el más estremecedor indicio de ello, y nadie se atreve a desatar y romper la venda que nos cubre los ojos. Han sido dos años de murmullos, de creernos las propias mentiras que nosotros propagábamos, dos años de sombras, de preguntarnos al despertar si tal vez hoy llamaría a nuestra puerta para no dejarnos abrirla nunca más. Dos años de miedo; dos años de asesinatos.

Tal vez si mis letras fueran a parar donde no debieran, sería encerrado y torturado, acusado de hereje y obligado a cargar con el peso de la burla y el escarnio portando el sambenito para días más tarde, y tras haber pagado inmerecidamente por descubrir la verdad, ser condenado al más vil de los garrotes.

Han sido muchos los ocasos que he pasado absorto en la lectura de manuscritos prohibidos, ilustrándome sobre todo tipo de autopsias, nigromancias y hechicerías, con

el fin de comprender qué podía ser el causante de esas muertes tan limpias que no dejaban rastro de ningún posible ejecutor. Hasta que por fin encontré la respuesta a todas mis preguntas.

Las víctimas habían sido envenenadas con un potente veneno que no había identificado ningún curandero tras examinar los cuerpos inertes. Se trataba de un arsénico transparente, inodoro e insípido. Tenía el modus operandi, pero ¿quién podría haber sabido de la existencia de este veneno y haber tenido los conocimientos y los motivos decisivos para llevar a cabo estos discretos asesinatos? Mi investigación entró en un declive del que mucho tiempo le costó recuperarse pero, tras interminables días de plegarias y rezos, Dios acabó por escucharme, alumbrándome una vez más en mis pesquisas.

Todo ocurría en esta pasada misa del gallo. Los feligreses de la ciudad acudían al repique de las campanas, señal que daba comienzo a la Eucaristía. Lo que ninguno de los que procedíamos a santiguarnos podíamos sospechar era que todos menos uno saldríamos vivos de esa celebración. Esta vez nos tocó despedir al confesor de la catedral, lo que fue una tragedia para muchos menos para el asesino, cuyas muecas de afición le costó aparentar cuando el longevo sacerdote expiraba en sus brazos. Todas sus víctimas hasta ese momento habían sido fieles cristianos, pero elegidos al azar. Todos salvo aquella noche, donde el difunto era conocedor de todos los crímenes de su verdugo que le habían sido desvelados horas antes, aunque bajo secreto de confesión.

Seguí indagando en secreto, tanto, que he acabado logrando conocer hasta el último detalle sobre los asesinatos de un impostor, Juan Fernández, obispo de Cuenca. Mi espíritu se estremece al saber que su nombre real es Abdul-Alí y que en realidad es médico alquimista al servicio de Mohammed IX, rey nazarí de Granada, cuyos planes consisten en una guerra santa encubierta, con el fin de acabar con todos los cristianos que puedan, para iniciar desde Cuenca una nueva reconquista musulmana.

Mientras asimilo cada palabra que sale de mi pluma me mortifico con cilicios y ruego con toda mi alma que el alquimista no usara las formas para envenenar a los fieles durante la comunión, puesto que yo mismo he recibido el cuerpo de Cristo esta misma mañana.

Desde mi celda contemplo la grandeza de la luna, en su cénit amenazante, mientras pienso de cuántos más asesinatos seguirá siendo testigo. Me quedo absorto con su inefable reflejo sobre el rosetón de la Catedral, disfrutando por última vez de la ciudad que más misterios entraña. Abro el ventanuco e intento alcanzarla sin éxito como fruto de mi delirio, mientras una suave brisa me arrebató el último suspiro de vida, llevándose con ella cada palabra de este escrito, que cobrará vida cuando la luna más brille, recorriendo una ciudad situada entre dos hoces; que silbará, en la noche más oscura, por cada una de las celdas de este convento.

SEGUNDO PREMIO

MODALIDAD 3 (BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS)

AUTOR: RAQUEL MILLAS NARANJO

CURSO: 1º BACHILLERATO

CENTRO: IES ALFONSO VIII

PAREJA DE REYES

Tras mi infalible jugada, se levantó con ira de la mesa de juego bajo la atenta mirada de sus contrincantes y el crupier, y dio un fuerte golpe sobre el tapete provocando que todas las fichas se descolocaran. Su furia se posó en mí y salió colérico acompañado de un portazo. Los otros tres jugadores permanecían sentados vislumbrándome entre la fina humareda que flotaba entre las cuatro paredes. Acababa de derrotar a Petrov, haciéndole perder una gran fortuna. Abandoné victoriosa la habitación, ninguno se atrevió a mediar palabra.

Ese mismo día se hizo noticia que una mujer, la señorita Novikòv, había hundido al famoso jugador de póker Petrov. Los que me tachaban de loca por dedicarme a un juego de hombres mantuvieron silencio. Silencio que cesó cuando al cabo de unos días se publicó un comunicado oficial informando sobre el asesinato de Stèvick, un jugador de aquella partida. Habíamos conversado en alguna ocasión y siempre me había animado a seguir en el juego a pesar de ser mujer... su sonrisa me transmitía tranquilidad y ahora nunca volvería a verla.

Se me encogió el corazón. Presentía que Petrov era responsable de esa muerte. Stèvick era simpático y alegre, en cambio Petrov parecía infame. Atemorizaba su frialdad e inexpressión, siempre caminaba enfadado adentrado en sus pensamientos y escondido en todo momento tras sus oscuras gafas de sol. Acudí a la KGB a comentarles mis sospechas y me confirmaron que estaba siendo investigado por otros incidentes. ¿Qué tipo de incidentes? No respondieron. O probablemente no quisieron hacerlo.

Esa noche el caso de la muerte de Stèvick comenzó a trastornarme. Si Petrov fuera el responsable, mi vida podría estar en peligro ya que su reputación estaba en pésimo lugar tras aquel juego en el que por mi astucia perdió parte de su capital. En mi cabeza se repetía constantemente el fuerte golpe que dio en la mesa e imaginaba aquel puño lleno de ira golpeando mi costado sin conmiseración ninguna. Tras varias noches con la misma paranoia decidí retirarme, al menos hasta que le detuvieran. Es fundamental en este juego saber dominar los nervios. Los rivales están continuamente mirándote por si tiembla mínimamente tu pulso o por si se acelera tu arteria carótida. Además en el póker es primordial la habilidad mental y mi concentración esos últimos días era nula.

Hice pública mi decisión y las malas lenguas hablaron: “Demasiada presión para una mujer en ese tipo de juegos”. Mi indignación ante aquellos comentarios inicuos duró relativamente poco. Recibí una llamada de quien decía ser el mismísimo Petrov retándome a una partida privada y definitiva como revancha por lo sucedido hacía justo una semana. Como condición, solo el crupier estaría presente. Paralizada, mi respuesta fue el silencio. ¿Cómo tenía mi número? Mi corazón se encontraba al borde de la taquicardia. Su puño golpeando la mesa y la imagen viva de Stèvick aparecieron nuevamente cuando le escuché pronunciar su nombre con ese acento ruso. En mi interior estaba teniendo lugar un tornado devastador, que arrasaba con la tranquilidad que antes me habitaba y que posiblemente acabaría conmigo.

Debía jugar. Debía acabar con todo aquello. Era una mujer fuerte. Dejé la carrera de economía para dedicarme al póker disgustando a mis padres. Durante años estudié el juego y sus probabilidades. Sí, debía jugar. Él esperaba en silencio al otro lado de la línea una respuesta. Acepté el desafío.

Lo comuniqué a la KGB y planearon esconder un micro para escucharme en todo momento. Desconfiando de aquel ruso tan peculiar yo cargaría con una pistola a espaldas de la policía.

Semanas de preparación mental, realizando trabajos de relajación y concentración, estudiando estadística e intentando dejar atrás los pensamientos sobre el asesinato de Stèvick. La noche de la partida había llegado. Al cruzar la puerta me convencí de que la próxima vez que pasase por el dintel, sería siendo ganadora.

En la sala se encontraban Petrov, escondido indudablemente tras sus gafas de sol; y el crupier, curiosamente el mismo hombre mayor de la partida en la que derroté al rival de esa misma noche. Nos sirvió una copa de vodka que dejó sobre la mesa. Comenzó la partida y cómo no, Petrov emulaba ser igual que una roca a la hora de hacer algún movimiento. Yo iba en desventaja y no quería que ningún miembro de la KGB empezara a replantearse que iba a ser yo quien perdiera. Segura de mi misma, desconecté el micrófono. El juego siguió con normalidad y yo continuaba con las pérdidas. Las copas permanecían intactas, ambos debíamos controlar nuestros actos; cualquier movimiento daría pistas al contrincante. De repente, Petrov se quitó las gafas. Comprobé atónita que padecía estrabismo. No debía pensar en su mirada, me distraería. El crupier repartió cartas nuevas, yo tenía una pareja de reyes y los otros dos estaban sobre la mesa. Petrov elevó mucho la apuesta, pero seguramente no podría contra mi jugada. Su cara cambió por completo cuando volteé mis cartas.

-¡Maldición!- gritó, acompañado de un golpe en la mesa.

Recordé mi obsesión con aquel golpe, presentí que mi vida corría peligro. Como acto reflejo saqué mi pistola y sin pensarlo dos veces murió de un disparo. Me quedé completamente bloqueada. El crupier me miró con serenidad, no parecía asustado. Para mi sorpresa comenzó a hablar con sosiego:

-Apuntaste a la persona equivocada. Yo acabé con tu amiguito Stèvick... y tú acabas de matar a mi hijo.

Quería matarle pero mis brazos no respondían. Continuó:

-¡сужабять! Estaba haciendo realidad mis sueños de ser uno de los mejores jugadores de póker a través de él. Estábamos preparando el torneo intercontinental de 1987, ¡íbamos a ganarlo! Estábamos juntos en esto... seríamos los reyes del póker mundial. – Hizo una breve pausa.- Tu amigo murió porque descubrió nuestro juego. Y una perra como tú acaba con todo de esta forma.

Sin darme tiempo a procesar la información, rompió la botella que se encontraba sobre la mesa y con uno de los cristales cortó su cuello. Cayó hacia atrás golpeándose la cabeza... la muerte en seguida le abordó.

Estuve paralizada unos segundos. Debía huir de aquella sanguinolenta partida y, para intentar recuperar el aliento, di un gran sorbo a mi copa de vodka. Mis piernas perdieron movilidad, no me permitían buscar ayuda. Sus caras de póker lograron engañarnos, ya que jugaban con mejores cartas e incluso se guardaban un as bajo la manga... me habían envenenado. El juego les había perturbado. Se habían vuelto locos. No soportaban que una mujer pudiera arruinar su jugada maestra.

El veneno actuó rápido. Ya en el suelo y perdiendo el conocimiento, todo me recordó a aquellas tragedias de Shakespeare que mi madre me regalaba siempre por

cumpleaños... esas en las que la vida de todos acababa y yo cerraba el libro satisfecha de haber terminado. Ahora la que pierde la vida soy yo y otro será el encargado de cerrar mi propia tragedia, contento de haber llegado a su final.

PRIMER PREMIO

MODALIDAD 2 (3º Y 4º DE ESO)

AUTOR: Lara BoulghaitAzizi El Ouahabi

CURSO: 4º ESO

ALBERT

Todo comenzó cuando conocí a Rafael. Él llegó en el momento de mayor soledad de mi vida, después de la muerte de mi madre. Él convirtió esos días de gran sufrimiento en días de sonrisas. Él estuvo ahí cuando nadie más lo estaba.

Después llegó Mikel, y se convirtió en otro de los grandes pilares de mi vida. Primero se hizo amigo mío, después le presenté a Rafael. Desde ese momento éramos inseparables, éramos nosotros tres contra el mundo.

No necesitábamos a nadie más, no hablábamos con nadie más si no era totalmente necesario.

Los problemas llegaron cuando llegó Albert. Al principio parecía amable, un perfecto integrante para nuestro grupo. Pero las cosas cambiaron con el paso de los días. Su mente retorcida nos asustó a todos. Solo pensaba en la muerte. Ya no nos gustaba, no queríamos que estuviera con nosotros.

Intenté decirle que no estábamos cómodos con él alrededor, pero era de esperar que no me hiciera caso. Siguió a nuestro lado, pero a mí me guardaba rencor por aquellas palabras. Sentía que cualquier día podría matarme, así que hablé con Rafael y Mikel.

Juntos, tomamos una decisión y nos mudamos a otra ciudad, alejada de Albert.

Estuvimos bien por algún tiempo, volvíamos a ser los de antes, antes de que llegara Albert.

Pero pronto empecé a sentir una presencia, alguien que me perseguía. Los primeros días me mostré tranquilo, y no les comenté nada a Rafael y Mikel, pues tal vez solo fueran imaginaciones mías. Pero con el paso del tiempo empecé a sentir miedo, me mostraba reacio a salir de casa, ya que pensaba que me matarían. Fue unos días más tarde, cuando por fin decidí salir, cuando lo oí. Oí su voz, su enfermiza voz dirigirse a mí.

Me dijo que matara a ese niño. A ese pobre niño. Me negué rotundamente. Pero entonces, él me amenazó. No quería morir, así que me acerqué a ese inocente chico y lo apuñalé. Lo maté.

Me había convertido en un asesino.

Albert nos persiguió durante los días siguientes, y se reintegró a patadas en el grupo. Decidimos mudarnos de nuevo, en un intento de escapar de él y de la policía, que desde entonces me buscaba.

Llegamos a una pequeña ciudad, no muy lejos de la anterior. Pero un buen lugar para esconderse. Pasamos un par de meses sin ninguna señal de Albert, pero nada volvió a ser como antes. Vivíamos con miedo, con miedo a verlo de nuevo frente a nosotros, a oír su voz...

La muerte de aquel chico también cambió las cosas, el remordimiento pesaba sobre mi conciencia, lo que no ayudaba mucho.

Al cabo de dos meses apareció de nuevo Albert, apareció de la nada, cuando volvía a casa.

Me saludó con su creciente sonrisa, una sonrisa que significaba lo contrario a lo que transmitía. Ese día el terror se apoderó de mi cuerpo, no sabía lo que hacía hasta que llegué al acantilado, estaba huyendo.

Huyendo de él, huyendo de todo.

Había una dulce niña cerca del acantilado. Sus padres estaban a tan solo a unos metros de ella, pero no estaban atentos.

Albert me dijo que lo hiciera, que empujara a esa niña, que la matara.

Como hice con aquel chico.

No podía, no podía hacerlo ni aunque me amenazara de muerte. Prefería morir a cargar con otra muerte sobre mis hombros. Así que me negué.

Me amenazó, y volví a negarme. Fue entonces cuando empezó a empujarme a mí. Me empujaba hacia el acantilado, muy lentamente. Quería matarme.

Yo solo pensaba en Mikel y en Rafael, en que los echaría de menos.

Después de eso, todo pasó muy rápido, me acuerdo de ver a la policía. Me acuerdo de cómo me esposaban, y me acuerdo de cómo me metían en el coche.

Pero no me acuerdo de qué decían.

Una vez en la comisaría me interrogaron, me preguntaron por aquél chico. Aquél que yo maté.

Les expliqué todo, les hablé de Albert, y de cómo nos amenazaba a Rafael, a Mikel y a mí. Les hablé de Mikel, les hablé de Rafael. Les hablé de todo.

No tardaron mucho en llegar a una explicación.

Me trajeron aquí, a este horrible lugar. Me hicieron tomar esas pequeñas pastillas. Con las que maté a mis mejores amigos. Lloré durante días al ser consciente de que no volvería a ver a Mikel y a Rafael.

Pero me sentí mejor al saber que Albert ya no volvería, que ya no existía.

SEGUNDO PREMIO

MODALIDAD 2 (3º Y 4º DE ESO)

AUTOR: Alicia Carrasco Poves

CURSO: 4º ESO

FRÍO

3 de junio de 2016-Nala

Hacía frío, tenía las manos congeladas y estaba tiritando. Miré a todas las chicas que tenía a mi alrededor, ellas se encontraban igual, pero lo que me diferenciaba de ellas era que estaban felices, felices porque pensaban que habían encontrado una vida mejor, una vía de escape para huir de toda aquella miseria que nos rodeaba. Pero lo que no sabían es que estábamos condenadas a una vida peor, o eso es lo que me dijo mi tío nada más subir a esta minúscula y estrecha furgoneta con unas diez chicas más.

No sé cuánto tiempo llevábamos ahí metidas, pero solo sabía que, si estaba más tiempo allí sentada, moriría de hipotermia. Nada más pensar aquello, se abrió de golpe la puerta y un chorro de luz atravesó toda la furgoneta, no podía ver nada, solo dos sombras que parecían hombres agarrándonos bruscamente del brazo, gritándonos cosas que no llegábamos a entender y llevándonos a una especie de barco. No sabía dónde estaba, pero aquel calorcito que sentía me vino genial, aunque solo fueran unos escasos segundos.

A partir de ese momento nos separaron en varios barcos con destino a cualquier lugar.

27 de Julio de 2016-Jordi

El ventilador estaba encendido y, aunque hacía bastante ruido, lo necesitaba para no derretirme de calor. Eran las ocho de la tarde y yo seguía aún en la comisaría terminando de ultimar unas cosas sobre un caso ya casi resuelto, pero ya era hora de volver a casa o perdería el tren.

Nada más entrar a la comisaria al día siguiente, me encontré con un montón de papeles encima de mi mesa. Entré en la oficina del jefe y me dijo que era mi nuevo caso, y que se trataba de tráfico de personas. En ese momento me vino a la cabeza Nala, una chica que había conocido en mi viaje a Nigeria. Desde ese día nos hicimos amigos y nos escribíamos cartas sin parar, hasta hace cosa de un mes que le escribí, pero no recibí respuesta.

30 de julio de 2016-Nala

Me desperté como cada mañana en esa incómoda cama. Ya llevaba varias semanas aquí, pero a mí me parecía que llevaba meses. Ha pasado mucho desde que embarcamos en el puerto, y por lo que he podido ver me encuentro en Barcelona. Una ciudad algo industrial, pero con un encanto especial. No paraba de darle vueltas a esa asquerosa agua con sabor a café. Mi amiga Shaira me estaba mirando con cara de preocupación. Llevábamos demasiado tiempo en ese piso de mala muerte rodeadas de aquellos hombres tan asquerosos que nos hacían hacer cosas horribles y que además se quedaban con todo lo que ganábamos porque decían que les pertenecía. Aun así, yo no paraba de pensar en Jordi, mi querido amigo que además de ser inspector, vivía en Barcelona, en ese momento, mi única esperanza de salir de este antro.

2 de agosto de 2016-Jordi

Ya llevo varios días con este caso, he estado investigando y he hecho algunas preguntas. Creo saber en qué pisos puedo empezar a buscar a aquellas personas que habían matado a mi mejor amigo Raúl en una de las redadas para intentar acabar con ellos. Desde ese día me había hecho cargo del caso, pero tengo que ser rápido o si no les perderé la pista. Mañana por la mañana me pasaré por uno de los barrios para hacer preguntas a algunos vecinos y comprobar mis sospechas.

3 de agosto de 2016-Jordi

Salgo de Starbucks con mi frapuccino de caramelo bien fresquito para poder aguantar toda la mañana. Me dirijo a mi primera parada, un barrio alejado de la ciudad un tanto conflictivo. Camino un buen rato y veo una tiendecita pequeña donde venden pan y bollería. Entro, saludo amablemente y me compro una buena palmera de chocolate. Al salir, me encuentro con un hombre alto y a su lado estaba ella, algo desnutrida y con mala cara, pero sí, era ella.

3 de agosto de 2016-Nala

Al fin, después de casi un mes sin poder salir de ese piso, voy a poder salir a comprar el pan a la tienda de abajo. Pero obviamente acompañada por uno de esos hombres. Nada más salir, noto el poco viento que hace bien temprano por las mañanas de verano y me siento mucho mejor. Cruzamos la esquina y así como de la nada aparece él, mi salvador, Jordi. Quería gritar, saltar, llorar, pero sé que no podía o no le volvería a ver jamás. Tan solo, sin voz, dije: Ayúdame.

3 de agosto de 2016-Jordi

Me sentí frustrado, angustiado, nervioso, sí, sí, era Nala, pero no podía creer que la hubieran capturado, o peor, vendido. Tras leer sus labios me quedé paralizado viendo cómo entraba en aquella tienda de la que yo acababa de salir hace un momento.

No lo dudé ni un solo segundo más, cogí el teléfono móvil y llamé a la comisaría para pedir refuerzos.

5 de septiembre del 2017-Jordi

Hace ya más de un año que llevamos investigando sobre esta organización de tráfico de personas. Gracias a que pudimos desalojar aquel piso y liberar a todas esas chicas, hemos encontrado bastantes pruebas para poder hundir parte de la organización.

Las diez de la noche, otra vez se me había pasado la hora, tenía cinco llamadas perdidas de Nala, pero sabía que estaría abajo esperándome. Me despedí de mis compañeros y bajé los tres pisos. Al salir a la calle, la vi a ella, tan radiante como siempre. Me saludó con la mano y yo a ella. Oigo a lo lejos un coche a demasiada velocidad. No me preocupo. Voy caminando hasta su encuentro, pero se me adelantan varios disparos que van directos a su corazón. Un coche rojo se aleja a demasiada velocidad. Y ahí encuentro a Nala, tendida en el suelo rodeada por un enorme charco de sangre.

PRIMER PREMIO

MODALIDAD 1 (1º Y 2º DE ESO)

AUTOR: LUZ XIAOYING BETETA TEMPORAL

CURSO: 2º ESO

LA ESPERA

Eran las 9 de la mañana. La inspectora Grace Parker estaba en su despacho tomando, como cada día, un café de máquina algo amargo para su gusto. Hacía meses que no ocurría nada interesante en Nueva York; en una ciudad tan grande... Algo bueno por una parte, pensaba, pero no le daba trabajo alguno, cosa que significaba menos sueldo. De repente, algo le sacó de su ensueño. Una mujer de unos cuarenta y tantos estaba delante de ella.

Empezó a hablarle muy deprisa, mientras jugueteaba nerviosamente con un bolígrafo. Aquella mujer era de esas que dicen que “nunca envejecen”. Tenía el cabello rubio, sin canas, y los ojos de un gris pálido. Venía a denunciar la desaparición de su hija. Le mostró una foto: una adolescente de 16 años, llamada Lucy White, de piel muy blanca, pelo castaño y ojos grises. Interrogó a la madre durante mucho tiempo. La última vez que vieron a la chica fue al salir del instituto, así que la inspectora se dirigió allí.

Era un gran edificio, con jardín, fuentes... “Una familia rica”, pensó. Entró justo cuando sonó el timbre de la hora de descanso. Como una avalancha, salieron de las clases todos los alumnos, agolpándose y empujándose unos a otros. Parecía como si un tornado con uniforme azul cruzara el pasillo. Fue al despacho del director y observó el expediente de Lucy: notables y sobresalientes, ninguna expulsión, ni siquiera un negativo. Le preguntó también cómo era la vida social de la adolescente. El director le respondió que no tenía muchas amigas, ya que era bastante reservada y callada, aunque desde hacía tiempo se juntaba con un chico algo mayor que ella, quizá un par de años. Al parecer se llamaba William Miller, un jugador de fútbol que no repetía de milagro, y era el único con coche. La inspectora fue preguntando uno a uno a los amigos de los dos adolescentes. Resulta que Lucy se subió al Ferrari de William y él, supuestamente, la llevó a casa. Tampoco el chico había asistido hoy a clase, un hecho que lo inculpaba aún más. Grace volvió a la comisaría e intentó rastrear la localización de Lucy, pero esta no tenía teléfono. Algo muy raro para una chica de su edad en estas generaciones y con una familia tan rica. La señora White le explicó que a su hija nunca le gustaron las redes sociales ni los móviles, por lo que tuvo que intentar averiguar dónde estaba el chico. El

GPS indicó que se encontraba en el Central Park. Cuando Grace llegó se encontró al muchacho fumando, típico en personas como él, supuso. Cuando le preguntó sobre el paradero de Lucy, este pareció sorprenderse. Dijo que sí que se subió con él a su coche, pero que la dejó en su casa. Grace sabía perfectamente que le estaba ocultando algo. Tras mucho insistir, el chico le confesó que en realidad la dejó en Wall Street, porque tenía que hacer una visita a Vivian Cruz. Se dirigió entonces a aquella casa, llamó al timbre y salió a recibirla una señora mayor que iba muy arreglada. Mientras tomaban el té, Vivian le contó que pagaba a Lucy por ayudarla en algunas tareas domésticas. El día de su desaparición, a las cinco o así, Lucy se marchó, y parecía un poco nerviosa. Grace no obtuvo más información, por lo que regresó a su despacho a pensar. No se le ocurría a quién preguntar o dónde ir a investigar. Se quedó bloqueada en el caso. Recordó que su profesor, hace más de diez años, le dijo que una buena manera de pensar era descansar, por lo que se fue a su casa y durmió un poco. Al despertarse, se acordó de que le comentaron que Lucy trabajaba también en Lavo Nightclub, una de las mejores discotecas de Nueva York. Se vistió rápidamente y bajó las escaleras de su casa, tan veloz que a punto estuvo de caerse. Arrancó el coche y se dirigió a la discoteca.

Serían las siete de la tarde, por lo que no estaba abierto. A pesar de eso, esperó hasta las once a que abrieran. Se había formado una larga cola antes de la apertura, por lo que al entrar había luces de colores, focos que deslumbraban a cualquiera, jóvenes bailando y un DJ pinchando un disco de música pop. Entre la multitud, Grace divisó a una chica alta de espaldas a ella, sujetando en la mano derecha una bandeja con vasos de whisky y bebidas de diversos colores; coincidía con la descripción de Lucy. La inspectora se dirigió a la chica segura, no, segurísima, de que aquella era la tan buscada adolescente. Se acercó a ella, la cogió fuertemente del brazo y le obligó a darse la vuelta. Solo había un problema: aquella no era Lucy. La extraña chica la miró con algo de horror, enfado y sorpresa, todo mezclado. Esa expresión hizo que todo alrededor de Grace se apagase de golpe, aunque en realidad nadie, salvo ella y la camarera, se había dado cuenta. La chica solo tardó un par de segundos en darse la vuelta y seguir repartiendo bebidas.

Después de aquello, Grace volvió a la casa de la madre de Lucy para contarle lo que había averiguado. Cuando llegó, la mujer la recibió y la invitó a pasar.

-¡Y bien? ¿Qué le trae por aquí? ¿Sabe ya dónde se encuentra mi hija?- preguntó, intentando tapar el tono angustiado y desesperado que cubría su voz, al igual que un cristal translúcido trata de ocultar el objeto que hay detrás de él, pero deja ver su forma y color.

-Todavía no –los ojos de la señora White se ensombrecieron, y la luz de esperanza que había antes desapareció. Grace le explicó que su hija trabajaba ayudando a una señora y sirviendo copas en una discoteca. Eso pareció sorprender a su madre:

-¿Por qué necesitaría mi hija trabajar? Somos una familia muy rica; dinero no le faltaba...

De pronto, el teléfono sonó, sobresaltándolas.

-Disculpe- le dijo a la inspectora. Estuvo hablando durante unos breves momentos, en los que no pronunció palabra, pero sí derramó lágrimas. –Era mi hija; me ha dicho que estaba bien y que no me preocupase. No me ha contado dónde se encuentra, pero me prometió que me llamaría pronto. Señorita Grace, muchas gracias por sus esfuerzos por intentar encontrar a mi hija, pero me temo que ya no es necesaria su ayuda. Ahora, si me disculpa, he de seguir con mis asuntos- su voz sonaba mucho más relajada y extraña que momentos antes.

La inspectora se despidió de ella un tanto desconcertada, pensando dónde se encontraría Lucy, si de verdad se encontraba bien o si estaría con alguien más. Esas preguntas sin solución seguirían siendo formuladas en su cabeza el resto de sus días. Aun así, decidió archivar el caso, como raramente le había pedido la señora White.

Meses más tarde, de camino a un nuevo caso, la inspectora Grace pasó por delante de la casa de los White, y no pudo resistir el fuerte impulso de echar un vistazo para ver cómo se encontraba su propietaria. De paso, podría conocer a Lucy, si es que la muchacha había decidido volver con sus padres. Llegó al porche y llamó al timbre con decisión. Esperó allí un buen rato, pero nadie contestó. Era raro, pensó, pues el servicio siempre fue muy eficiente en esa casa. Miró por el ventanal que daba al salón, y vio la TV encendida, en la que estaban echando un partido: los Chicago Bears contra los AtlantaFalcons. “¿Por qué les gustará tanto el fútbol americano?”, pensó. Con un breve suspiro rodeó la casa y descubrió una puerta trasera. Cuando accedió a la vivienda, descubrió que no parecía ya aquella lujosa casa que había conocido meses atrás. La suciedad y el desorden se había apropiado del inmueble. Un rayo de luz que se colaba por la ventana dejaba ver las motas de polvo, flotando misteriosamente en el aire. Llegó al salón, y allí encontró, inmóvil e indiferente, a la que había sido la señora White. Parecía que hubieran pasado siglos por ella: su cabello rubio ahora estaba canoso y grasiento, sus ojeras eran evidentes, y múltiples arrugas recorrían su piel, que antes era perfecta. La inspectora la saludó de forma animada, esperando que su desmejora fuera solo física. Vio que estaba sentada en un viejo y desgastado sillón, miraba a la

televisión, pero en realidad no le estaba prestando atención. Durante unos segundos, que a Grace le parecieron eternos, se apoderó de la sala un incómodo silencio, al menos para la inspectora. Como la madre de Lucy no hablaba, decidió tomar la iniciativa:

-¿Qué tal está, señora White? He venido a ver que tal les iba a usted y a su familia- una risita nerviosa se le escapa y recorre la habitación. -Espero que su marido...- se dio cuenta de que ella no estaba prestando atención, por lo que decidió callar.

-Siento no haber salido a recibirla, es que no puedo atenderla ahora; como ya bien sabe estoy esperando una llamada...

La inspectora intentó conversar con ella, pero la mujer le dijo que mejor hablaban otro día ya que esperaba una llamada.

-Mi hija llamará en cualquier momento...- y su voz sonó en un susurro, un susurro que nadie debería oír jamás.

SEGUNDO PREMIO

MODALIDAD 1 (1º Y 2º DE ESO)

AUTOR: LUCÍA FERNÁNDEZ GADEA

CURSO: 2º ESO

MELODÍA PARA DOS

Estaban cada vez más angustiados, no era normal que aún no hubiesen regresado de las clases de violín. Sandra vivía cerca del conservatorio por lo que su recorrido no era muy largo y siempre lo realizaba sola. Era una chica muy responsable para su edad y siempre era un ejemplo a seguir por su madurez. Tenía un gran atractivo, sus cabellos largos y rubios hacían una combinación perfecta con sus ojos azules, era de las más altas de su clase. Su aspecto físico no aparentaba tener dieciséis años sino una edad más alta. Además de obtener buenas calificaciones en el instituto era una excelente alumna en el conservatorio. Destacaba por su agilidad la tocar el instrumento. En fin, era una chica excepcional.

Sus padres presentían que algo había pasado. Llamaron al móvil pero repetía constantemente que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Rápidamente llamaron al conservatorio. Allí les dijeron que había asistido a las clases y que después se había marchado como de costumbre. Los padres de Sandra hablaron con todos sus compañeros de violín y con sus amigos más cercanos, pero nadie sabía nada. Tras esperar al regreso de su hija no dudaron en llamar a la policía para contarles lo ocurrido.

Inmediatamente la policía se dirigió al conservatorio para interrogar al personal que hubiera podido ver a Sandra. En el conservatorio la habían visto salir como el resto de los días sin percibir nada extraño. La policía se dirigió a investigar los alrededores en busca de pistas que los pudieran llevar hacia Sandra. Revisaron el camino que solía hacer Sandra al volver a casa preguntando en los comercios y a posibles testigos.

Tras una larga jornada de búsqueda se percataron de que había una cámara del ayuntamiento para controlar el tráfico que podría haber grabado a Sandra durante su camino a casa. Rápidamente se pusieron en contacto con la policía local para que revisasen las grabaciones de aquella noche. En ellas se observaba a Sandra caminando sin nada extraño que pudiese hacerle daño. También observaron a un hombre de mediana edad que la seguía, pero sin que se viera su rostro.

El final de la clase fue como cualquier otro día, Sandra presentía que algo extraño iba a suceder. Al volver a casa era de noche y cuando pasaba por el parque como de

diario, notó la presencia de alguien que le seguía. Un hombre que llevaba un abrigo y un sombrero negro. Sandra aumentó la velocidad pues aquel hombre cada vez se acercaba más a ella, al ver que todo seguía igual empezó a correr.

Sus padres estaban desconcertados, todo apuntaba a que alguien se la había llevado. Pero esta hipótesis no era la única pues unos días antes de la desaparición, Sandra había estado rara en casa, lo habían percibido. La policía siguió investigando para averiguar qué había pasado, hablaron con todos los profesores, amigos y compañeros de Sandra hasta que una amiga suya les contó algo importante para la investigación. Un día previo a la investigación, mediante las redes sociales, le contó que estaba muy estresada con los estudios y que estaba sometida a mucha presión por sus padres. También le contó que se quería marchar a algún lugar lejos de su ciudad para poder cambiar de vida.

Algo no les cuadraba, era muy responsable y siempre había estado feliz con su vida, cada segundo que pasaba la impaciencia por averiguar qué le había pasado a Sandra y dónde estaba iba en aumento.

Sandra estaba desconcertada, se encontraba en una habitación bastante agradable a la vista, las paredes estaban totalmente insonorizadas. El mobiliario era sencillo pero cómodo y estaba compuesto por una cama, una silla, una mesita y una mesa. Los cuadros hacían referencia al mundo de la música, conciertos e instrumentos musicales. Lo que más le llamó la atención fue un gran piano de cola situado en una esquina de la habitación. Sobre la mesa se encontraba su violín y al lado otra funda que por sus características dedujo que podía ser otro violín. En la mesita de noche habían depositado un vaso de leche y algo de bollería. Ella no se atrevió a probarlo a pesar de que su estómago le pedía algo de comida. La ventana daba al un patio interior pero no se podía abrir. La puerta también estaba cerrada con llave por lo que sus intentos para abrirla resultaron inútiles.

Buscó desesperadamente su móvil pensando en llamar a sus padres que estarían preocupados por ella. Tras una breve espera la puerta se abrió, Sandra comenzó a gritar, pero el individuo le pidió tranquilidad asegurándole que no le iba a hacer daño. Dicho individuo llevaba la cara tapada, no pudo ver su rostro, pero percibió que el hombre transmitía tranquilidad y que sus intenciones, a pesar de haberla retenido, no eran malas. El individuo consiguió que Sandra se tranquilizara y que le prestara atención. Le contó que había tenido una hija, que había estudiado y tocado el violín desde muy pequeña pero que había fallecido hace unos años por una tremenda enfermedad.

Él era un gran amante de la música y la forma de Sandra tocando el violín le recordaba a su hija. Había sufrido mucho y a pesar de que la música le recordaba a su hija había encontrado en ella una forma de superar la ausencia de ella. Tras unos minutos de silencio este le preguntó si podía tocar para él, ella pensó que sería mejor hacer lo que él le pidiera y accedió a tocar. A pesar del nerviosismo su interpretación fue excelente. Tocó varias obras de Vivaldi y percibió por los aplausos que su oyente se mostraba muy satisfecho.

Los padres de Sandra se quedaron muy sorprendidos al recibir un pequeño escrito cuyo contenido les tranquilizó un poco: “No se preocupen, su hija se encuentra bien, volverá pronto. Perdón”. Sin dudarlo mostraron el mensaje a la policía que se lo llevó para analizarlo.

Los acontecimientos se precipitaban. El individuo después de haberla escuchado interpretar le pidió un último favor, vendarle los ojos para dejarla en el mismo lugar donde la había recogido unas horas antes y que olvidara el incidente a pesar de que no hubiera sido la forma más normal para escucharla, pero para él había sido algo muy importante escucharla tocar. Él seguiría pendiente de su carrera pero que no tuviera ningún temor pues no se atrevería jamás a hacerle daño ya que ella era como la violinista que podría haber sido su hija y ya nunca sería.

La puerta se abrió y sus padres comenzaron a llorar de alegría ante su aparición, especialmente su madre. Inmediatamente avisaron a la policía que se presentó en escasos minutos. Sandra había acordado con sus padres que no interpusieran ninguna denuncia y que les dijeran a la policía que había sido una equivocación, una chiquillada de adolescente. La policía fue muy comprensiva y todo quedó en una falsa denuncia, se archivaría el caso y punto.

Al día siguiente cuando Sandra se disponía a ensayar con su violín observó un sobre con una cantidad importante de dinero y una nota muy sencilla que ponía “Ayuda para tus estudios, mi hija ya no lo necesita”. Sandra no pudo reprimir que una lágrima cayera por su mejilla, a pesar de que había sido una experiencia negativa también había sido algo positivo, había ayudado a un padre triste a tener un momento de felicidad, el dinero no le importaba.

Pasaron los días y en un momento de descanso en el conservatorio observó una fotografía de años anteriores en que aparecían muchos estudiantes de violín, lo que le hizo pensar quién sería la niña que había fallecido. Mejor no saberlo. Sería su gran

secreto, pero a partir de aquel momento en todos los concierto y audiciones siempre pensaba quién sería el padre de la niña. ¿La estaría escuchando?

Pero ella tocaría por las dos, ella interpretaría lo mejor posible siempre para quitar esa pena tan grande que tuvo al perder a su hija.

XI CONCURSO DE RELATOS CORTOS POLICIAICOS
“ÁNGEL LUIS MOTA” (CURSO 2018-19)
FALLOS DE LOS JURADOS

El jurado compuesto por los profesores del departamento de Lengua castellana y Literatura del Instituto Alfonso VIII: Dña. M^a José Martínez, Dña. Cristina Bordallo, Dña. Juana Camacho, Dña. Gema Lorenzo, Dña. Pilar Sáez, Dña. Paula Olaya y D. Miguel Mula (secretario), actuando como Presidente de Honor D. Ángel Luis Navarro, director del centro,
ha otorgado los premios de la 1^a modalidad
(1^o y 2^o de ESO del IES Alfonso VIII)
a los siguientes relatos:

1er. Premio (Libro electrónico Kindle, donados por la AMPA)

La espera, De Luz Xiaoying Beteta Temporal (2^o ESO C)

2^o premio (Lote de libros, donado por el centro)

Melodía para dos, De Lucía Fernández Gadea (2^o ESO C)

Quedaron finalistas, con diploma:

El columpio, de NaelAzizi El Boulghait (1^o ESO A)

El misterioso robo, de Juan Gil Saiz (2^o ESO C)

Carmela y el misterio del avión, de Paula Gordo Pérez (1^o ESO E)

Y de la 2^a modalidad
(3^o y 4^o de ESO del IES Alfonso VIII)

a los siguientes relatos:

1er. Premio (Tableta electrónica, donados por la AMPA)

Albert, De Lara BoulghaitAzizi El Ouahabi (4^o ESO B)

2^o premio (Lote de libros, donado por el centro)

Frío, De Alicia Carrasco Poves (4^o ESO C)

Quedó finalista, con diploma:

Ella, de Inés González García (3^o ESO D)

Por otro lado,

el jurado compuesto por Dña. Olga Muñoz, directora de la Biblioteca Municipal Aguirre, D. Sergio Vera, director del Club “Las casas ahorcadas”, Dña. Rosa Malavia (presidenta de la AMPA del IES Alfonso VIII), la escritora Dña. M^a José González y los profesores del Instituto Alfonso VIII Dña. Mercedes Belinchón, Dña. M^a Jesús de Dios, Dña. Belén Estival, D. Antonio Esteve, Dña. Graciela de la Huerga, Dña. M^a José Martínez, Dña Paula Olaya, Dña. Pilar Rojo y D. Miguel Mula (secretario), actuando como Presidente de Honor D. Ángel Luis Navarro, director del centro,

ha otorgado los premios a la 3^a Modalidad
(PROVINCIAL- BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS)
a los siguientes relatos:

1er. Premio (150€, donados por la AMPA, y posibilidad de publicar el relato en forma de juego de rol con la Asociación *La marca del Este*)

La forma de la muerte, de Sara Rodríguez Carrasco (IES ALFONSO VIII 1º BACH.)

2º Premio (Libro electrónico, donado por el centro)

Pareja de reyes, de Raquel Millas Naranjo (IES ALFONSO VIII, 1º BACH.)

Quedaron finalistas, con diploma acreditativo, de esta 3^a modalidad:

El triángulo de los tejados, de David Santos Rodríguez (IES ALFONSO VIII 2º BACH. DISTANCIA)

Sin respuestas, de Mónica Belinchón Moratalla (IES DUQUE DE ALARCÓN, VALERA DE ABAJO, 2º BACH.)

En blanco en negro, de Iulia Alexandra Balci (IES SERRANÍA BAJA, LANDETE, 2º BACH.)

Mártires, de Ignacio Cascón Hernández (IES ALFONSO VIII 1º BACH.)

Un solo día, de Carmen Lucía Jarabo (Colegio “LA SAGRADA FAMILIA”, CUENCA, 1º BACH.)

La fiesta de los Coppola, de Lidia Isabel Martínez Redondo (IES ALFONSO VIII 2º BACH.)

Los premios y diplomas de la 3^a modalidad, Bachillerato y Ciclos formativos, se entregaron dentro del VII Encuentro de Novela Criminal “*Las casas ahorcadas*” el día 26 de abril, viernes, a las 12:45 h. en el salón de actos de la Facultad de Bellas Artes de la UCLM entregando los premios **Dña. Carmen**

Mota Utanda, hija del profesor Ángel Luis Mota, acompañada por la presidenta del AMPA, Rosa Malavia, y el director del instituto, Ángel Luis Navarro.

Los premios y diplomas de las modalidades 1^a y 2^a, alumnos de ESO, se entregaron en el salón de actos del Instituto Alfonso VIII el día 3 de mayo celebrando con un acto literario el Día del Libro. Entregaron los premios la presidenta del AMPA, Rosa Malavia, y el director del instituto, Ángel Luis Navarro.

FINALISTAS DE LA MODALIDAD DE BACHILLERATO

El triángulo de los tejados, de David Santos Rodríguez (IES ALFONSO VIII 2º BACH. A DISTANCIA)

Un caluroso verano se cernía sobre la ciudad cuando unas inquietantes pintadas comenzaron a florecer en las calles. Al principio, nadie les prestaba demasiada atención, pero, una mañana nublada de julio, el recién nombrado inspector jefe de la policía Miguel Sans recibía una llamada alarmante. Los de arriba querían esos símbolos fuera de las paredes y sus responsables detenidos inmediatamente. No hubo detalles ni adornos sobre la mesa. Las órdenes eran claras y el reloj avanzaba.

Fue difícil arrancar el caso, no había ninguna información, ni siquiera de las actividades criminales que supuestamente los autores de aquellos dibujos hacían. Lo único que tenían eran aquellos triángulos invertidos con un punto dentro, siempre pintados en rojo, con una medida general de 10 centímetros de longitud. Miguel se rompió la cabeza intentando averiguar qué demonios hacer. La presión de sus superiores era cada vez más insoportable y él quería demostrar que era digno del puesto. Tardaron relativamente poco en identificar todos los lugares donde se habían encontrado los símbolos a lo largo de la ciudad. Decidió que la mejor manera de continuar era investigar el interior de los edificios e interrogar a los vecinos. Fue una ardua tarea, no todas las personas estaban abiertas a la intrusión de aquellos oscuros agentes en sus hogares. Al cabo de un año los resultados eran nefastos, no habían encontrado a ningún sospechoso.

Un ayudante alertó a Miguel de otro caso: una anciana, que vivía en un ático en pleno centro, estaba asustada por la presencia de un hombre en el tejado de enfrente, al que las ventanas de su domicilio daban directamente. Al parecer, el extraño no se movía de allí incluso cuando la noche caía. Cuando llegaron a la casa, sus dudas acerca de la veracidad del cuento se vieron aniquiladas. Era cierto, un hombre con una gruesa capa negra estaba allí, de pie, impasible.

Aquel fue el comienzo de todo. Resultó que el edificio donde estaba el hombre tenía la señal del triángulo. Fue detenido inmediatamente y, para desesperación de Miguel, no dijo ninguna palabra. En cierta manera, no hizo falta. No se les había pasado por la cabeza mirar en los tejados de las casas marcadas. Cuando se propuso la idea en el Consejo, la orden fue clara: disparar a todo aquel que se encontrara en lo alto de esos edificios. Se oyeron muchos disparos durante aquellos días. Hubo ocasiones en las que

el propio Miguel tuvo que ejecutar a los sospechosos, ya que sus agentes no comprendían esas absurdas matanzas y se negaban a apretar el gatillo contra unos hombres que no hacían nada. Fueron momentos duros, pero todo acabó terminando.

Melancólico y nervioso por una tarea supuestamente completada, se reconcomía. ¿Qué significaban esos símbolos? ¿Qué hacía esa gente en los tejados? ¿Por qué tanto interés y tanta urgencia por parte del Mando? Era consciente de que había mucho más por debajo de la capa superficial que acababan de quitar, pero él no iba a ser el que continuara el trabajo. Nadie se lo había pedido y los jefes estaban contentos de que las calles volvieran a estar *limpias*.

Desde su prejubilación las cosas estaban más tranquilas, aburridas más bien. Habiendo sido policía toda una vida no era fácil sobrellevar la calma. Su rutina diaria no era gran cosa: daba una vuelta por el parque, iba a comprar y después se encerraba en su despacho a construir maquetas de aviones hasta altas horas de la noche. Aunque no odiaba su vida, sabía que el verano se le iba a hacer eterno.

Era una mañana completamente normal cuando Miguel recobró una sensación ya olvidada que le heló la sangre. ¿Era cierto lo que veía? El edificio de al lado, un bloque típico de la ciudad, tenía un triángulo invertido pintado en la pared. Era de color rojo, pero sin el punto central. Miguel, tras segundos eternos sin reaccionar, extendió la mano y lo rozó con sus dedos, no había visto la señal del triángulo desde que estaba en la policía. “Será una coincidencia”, pensó. Subió a casa, plenamente consciente de que esa tranquilidad ficticia no le serviría de nada. Nada más llegar a su domicilio, en el piso séptimo, se asomó a la ventana. Desde ella se veía el tejado del edificio de al lado, pero Miguel pudo comprobar que no había nadie.

No hizo mucho el resto del día. Pensó en el caso de los triángulos y en los cabos que se habían dejado sueltos. Recordó algunas caras de los ejecutados. Al fin y al cabo, él había sido el responsable del destino del grupo. O al menos de la parte visible del grupo. Mientras se hacía de noche, el miedo a que se reorganizaran y cargaran contra él se hacía más presente. Se asomó de nuevo por la ventana. “¿Y si me hubieran observado durante años?”

Al día siguiente decidió dar una vuelta por el barrio para ver si encontraba más símbolos. Y así fue: entre los edificios que rodeaban el parque, al que también tenía vistas desde su salón, encontró dos señales más, una en cada punta. Al encontrar esta última, el malestar le obligó a volver a casa rápidamente. Él solía caminar por allí todos los días, era imposible que no se hubiera dado cuenta. Y, ¿por qué sin el punto central?

La tensión era enorme. Se hicieron las dos de la madrugada, no se atrevía ni siquiera a mirar por la ventana. De pronto, un grito desgarrador de una niña le hizo despertar de su trance. Parecía venir del parque. Con mirada atenta, pudo observar cómo instantes después aparecían por la calle de enfrente dos automóviles. De ellos se bajaron tres tipos muy extraños con linternas. Avanzaron hasta el centro del parque, donde realizaron movimientos imperceptibles; minutos después, se marcharon. El instinto policial le hizo bajar hasta el parque a toda prisa. El frío nocturno y los nervios hacían que Miguel no parase de temblar mientras se acercaba. Qué fácil es engañar a un policía viejo. No encontró a ninguna niña que pudiera haber chillado, solo encontró un papel en el suelo. En él se encontraba un triángulo invertido, con su respectivo punto en el centro, una flecha señalaba dicho punto y rezaba: “Nos complace informarle de que usted era el punto que nos faltaba para regresar”. En ese instante tres focos se iluminaron en los techos de tres edificios alrededor del parque, alumbrando a tres personas con capas negras. Acto seguido, una lluvia de plomo cayó sobre el antiguo jefe de policía.

***Sin respuestas*, de Mónica Belinchón Moratalla (IES DUQUE DE ALARCÓN, VALERA DE ABAJO, 2º BACH.)**

Ignacio se despertó sobresaltado por el sonido del despertador, aquel que cada mañana, a lo largo de sus cuarenta y cinco años de vida, lo había acompañado. Cuando miró su reloj, marcaba tan solo las siete de la mañana. Había tenido pesadillas y sentía un abrumador dolor de cabeza, por lo que necesitó un par de minutos extra para volver a la realidad.

Cuando reunió las fuerzas suficientes para salir de la cama, lo primero que hizo fue desayunar, buscando así aliviar su angustiada dolencia. Pero cuando se disponía a comer algo, el repicar de las campanas de la Iglesia le trajo un inquieto pensamiento. Hacía ya veinticuatro horas desde que había visto a su hermana por última vez, cuando se disponía a ir de compras a la ciudad. “Te veo para comer”, le dijo, pero no había regresado. La preocupación se le agolpó en el pecho y un escalofrío le hizo estremecerse. No pudo reprimir el impulso de volver a llamarla. Realizó varias llamadas y de nuevo, sin recibir respuesta, dejó otro mensaje más en su buzón.

Aunque conocía el protocolo habitual de actuación para confirmar una desaparición y todavía no habían transcurrido las cuarenta y ocho horas reglamentarias, sintió que no podía aguantar ni un minuto más y volvió a marcar en su pantalla, esta vez, tres sencillas cifras, 062.

Puso al agente al corriente de lo ocurrido, y fue todo lo concreto que su creciente nerviosismo le permitió.

- ¿Y usted no tiene idea de dónde puede estar?

Silencio.

- ¿Oiga?

Ignacio se devanó los sesos intentando encontrar alguna respuesta, aunque sin éxito. Y se odió a sí mismo por no conseguirlo.

Una vez dio por terminada la llamada, siguió los pasos que el agente le había indicado y buscó una foto en primer plano de Julia. Tras ello, escribió un mensaje tratando de ser muy conciso, pero incluyendo la información esencial que le habían recomendado en la comisaría. Lo envió a su lista de contactos, esperando un milagro.

Pasada una media hora, Ignacio escuchó su teléfono sonar por vigésima vez, y no tuvo más remedio que contestar.

- Lo sé, lo sé... quizá tendría que haberte llamado... Pero Laura... hija. No quería preocuparte...

A través del teléfono solo se podía intuir su respiración agitada, pero a pesar de todo, la conocía bien.

- Por favor. No llores y vuelve a clase, lo vamos a solucionar. Y no llames a la abuela, ¿de acuerdo?

El sargento Ruiz reunió a los agentes disponibles y los puso al tanto de la situación, algunos quedaron ciertamente preocupados, pues conocían a Julia desde hacía mucho tiempo. Realizaron una división de la zona y repartieron los sectores, inmediatamente después cuatro coches iniciaban la búsqueda.

Entretanto, Ignacio, de vuelta al trabajo, conducía absorto en sus pensamientos, mientras la intranquilidad lo consumía cada vez más; por lo que decidió dar media vuelta y hacer cuanto estuviese en su mano para encontrar a su hermana. Buscó en cada recoveco del pueblo, llamó a las amigas de su hermana, a su jefe e incluso al hospital. Recorrió innumerables kilómetros revisando una y otra vez los lugares que le pasaban por la mente, hasta que la impotencia más absoluta le condujo de nuevo a su casa, porque sin su hermana riéndose por ahí, no podía llamársele hogar.

En su noche más oscura, los minutos parecían haber quedado ajenos al reloj, entre una hora y otra existía un abismo, y sobre todo, incertidumbre. Esta era sensación que durante toda su vida más había odiado, el desconocimiento, el saber que algo no está en sus manos, que no tiene el control de la situación. Solo podía preguntarse dónde podría estar su hermana, su Julia, y temerse lo peor.

Igualmente, para Laura, el día había resultado casi eterno, y en clase apenas había conseguido concentrarse. No podía sacarse de la cabeza a su tía, la que había estado apoyándola siempre con sus decisiones pese a todo, y más concretamente, a pesar de todos. Sabía que últimamente había sufrido mucho, y que desgraciadamente, sus visitas al psiquiatra tampoco le habían hecho mucho bien. Y aunque intentó no hacerlo, Laura se torturó por no haber estado ahí para ella, por no haber sabido cómo actuar, qué decir, qué hacer.

Acababa de meterse a la cama y pensó en volver a llamar a su padre, imaginándose que él tampoco conseguiría conciliar el sueño en toda la noche. Sin embargo, la gran distancia que existía entre ambos era mucho más que algo físico y le dolía demasiado escucharlo, ni siquiera sabía cómo había sido capaz de hablar con él esa misma mañana

desde el instituto. Así que puso un poco de música en sus auriculares y trató de no pensar, aunque ella no valía para eso.

Alrededor del mediodía del día siguiente, cuando se disponía a salir de casa para continuar con la búsqueda, Ignacio fue sorprendido por la presencia del sargento Ruiz, que se dirigía hacia a su casa con paso firme y la cabeza agachada, a la par que movía con gesto nervioso su tricornio entre las manos. Ignacio solo necesitó mirarle a los ojos, para comprender el trágico final, y se abrazó desconsolado al agente, quien seguidamente le informó de todo cuanto habían descubierto.

En una ermita situada en las inmediaciones del pueblo fue hallado el cadáver de Julia, tendida en el suelo, cerca de su coche. A pesar de su estado, tras horas bajo el sol, por su expresión parecía estar en paz.

Una vez en el laboratorio, la forense encontró una nota cuyo texto seguiría resonando en su cabeza el resto de su vida:

«No busquéis culpables, he sido yo misma quien ha terminado con esto. También a mí me sorprende que sea capaz de acabar con mi vida, aunque, supongo que a la hora de mi muerte he tenido la valentía que tanto me faltó en vida. Hijo, te quiero, pero en 52 años mis fantasmas y yo no hemos sabido aprender a querernos. Estoy muy segura de que tu enfermedad no va a impedirte llegar a donde te propongas cariño, espero que un día puedas perdonarme.»

Por la mente de la forense cruzó un único pensamiento. Aquella frase que había oído tantas veces desde que era una niña era absolutamente falsa, la esperanza a veces se pierde antes que la vida. Pues, ¿cuán desesperanzado ha de estar un humano para terminar con su existencia con sus propias manos?

En blanco en negro, de Iulia Alexandra Balc (IES SERRANÍA BAJA, LANDETE, 2ºBACH.)

La ética no ha sido nunca una cuestión objetiva. ¿Qué está bien? ¿Qué está mal? Estas preguntas no han tenido nunca una respuesta universal porque no implican un impulso natural común. Si la justificación y los razonamientos por los que consideramos una acción en determinada manera procedieran de un deseo intrínseco subyacente en todos nosotros, ¿quién negaría que pudiésemos alcanzar un camino único? Y quizá por ello habíamos abrazado nuestra subjetividad en sintonía con las demás millones de ellas.

El acontecimiento que cambió nuestra percepción sobre todo lo que pensábamos saber en cuanto a qué hacer y por qué sucedió de la nada. Este hecho fue recibido con curiosidad y miedo a partes iguales; y es que la palidez extrema de un bebé fue la señal que más alertó al personal sanitario sobre la primera persona con sangre blanca. Tuvieron que nacer muchos más infantes bajo estas mismas condiciones para establecer el patrón común de que era una conducta determinada de comportamiento la que marcaría el color de la sangre en las nuevas generaciones.

Poco tiempo después, nadie nacía ya con el característico color rubí en las venas, pero tampoco se consideraba el color blanco como el normal de la sangre, porque ciertos actos ensuciaban su aparente pureza. La ética universal se había convertido de un día para otro en una realidad empírica. Tanto, que sólo hacía falta un acto moralmente deleznable para comenzar una transición hacia tener la sangre negra; ahora bien, se trataba de una transición bastante gradual, donde abundaban los blancos ligeramente manchados y había más líquido negro del que nos gustaría. Unas paredes venosas opacas acompañaron este cambio, riéndose de la humanidad al esconder la maldad en lo más profundo de las personas, sin ser nadie capaz de sospechar a simple vista la condición ajena.

Los sucesos que me dispongo a relatar, siendo de índole tan personal, tienen como objetivo el compartir mi propia experiencia y nada más. Décadas han tenido que pasar para atreverme yo a hablar de lo acontecido, pues tal fue mi impresión en el momento que no hice público mi testimonio. Decidí ofrecer mi vida, cuando aún era joven, a la que consideré mi adecuada pareja de vida. La amaba,

aún lo hago, y no dudé un solo instante de que ella también me amaba a mí. Elegimos conjuntamente entregarnos la una a la otra, y durante mucho tiempo fuimos las dos mujeres más felices del mundo. Sin miedo a equivocarme, puedo seguir

afirmado que de no haber sucedido nada Haizea habría seguido viendo mis días pasar hasta el final.

Pasé mi adolescencia entre el más puro escepticismo acerca de lo trascendente; pero hoy, con muchos más años encima, puedo decir el hecho de no ser percibido por todos, no significa que el destino no exista. Nunca he conseguido interiorizar una espiritualidad concreta de forma firme, pero iría contra mi subjetividad emocional negar que me he sentido parte de un plan divino, casi religioso, durante gran parte de mi vida. Y mi cruel y amada Haizea ha sido la piedra angular en torno a la que giraba mi existencia, porque quizá he sido concebida a fin de enredarme en sus hilos, a punto de ahorcarme.

Era el tipo de persona que te hacía entender por qué los huracanes reciben nombre de mujer. No necesitaba posicionarse por encima de nadie para afirmarse en su esencia, porque sabía que su valor no existía en relación al de los demás. Creaba y creaba, y cada día la cantidad de arte en el mundo aumentaba un poco más, gracias a su interioridad tan inquieta, tan salvaje.

La conocí en una de sus muchas exposiciones, siendo una de las pocas situaciones en las que una pintora de éxito y una policía de homicidios primeriza podían entablar una amistad. Se interesó primero por mi trabajo, y después por mi persona. Le hablé de ambos aspectos hasta la saciedad, y no estoy segura de si me alegro o me arrepiento.

Ambas tratábamos con mucho líquido negro en nuestro día a día, pero por motivos muy distintos. Yo, la sangre de asesinos; ella, la pintura a la que daba vida sobre lienzos. Eran factores ciertamente distintos, pero en el fondo puede que este individual trato con la oscuridad nos uniera. Nuestra relación era como el fuego, y aunque escuché de muchas bocas que con el tiempo se apagarían hasta las brasas, no entendían que así con los restos me apagaría yo, pues toda ella era gasolina cubriendo mi piel. Veinte años fui feliz a su lado, para luego emplear otros tantos en intentar limpiarme de ella, sin éxito. Veinte años, en los que construimos una realidad salpicada por dos percepciones opuestas que se

complementaban de la manera más bella. Pero siempre existe un pero. No dejé de sentir un vacío en el pecho al levantarme cada mañana sin ella y saber, en el fondo, que hice lo correcto. Yo le entregué mi vida a ella, y mi carrera profesional a todos los demás. Como investigadora en este mundo donde no existen dudas sobre la maldad de las personas, nunca he sido capaz de tener otro punto de vista pues yo misma tengo mi sangre blanca para recordarme que no soy como mis antepasados: subjetivos,

manipulables, débiles de moral. Trabajaba día a día entre las más corruptas de las almas, más que familiarizada con una escala de valores que se nos había impuesto: ladrones, violadores, asesinos. Eran estos últimos, sin embargo, los únicos que conseguían la más oscura de la sagre. Acababan con vidas, y se veían marcados sobre lo único de lo que no podían huir sin ofrecer las suyas propias a cambio. Pero una mañana entré a la cocina para desayunar. Bastante grande fue mi susto cuando, al pedirle un plato a Haizea, este cayó rajando la piel de mi esposa al hacerse añicos. En ese momento, fui testigo de una inmoralidad tan extrema que afloraba por todos sus capilares ahora rotos, que no era sino el cénit del peligro social. Veinte años no han sido suficientes para quitarme de encima el amor que se ha colado por mis venas, como la oscuridad que teñía la sangre de la asesina con la que había compartido lecho durante otro tanto tiempo. A día de hoy, cada vez que me dejo caer en la cama al acostarme y observo las paredes cubiertas aún por sus pinturas negras, intento evitar cuestionarme si todo aquello es verdaderamente pintura. Y me tapo los oídos intentando dejar de escuchar los gritos de todos los espíritus atormentados cuyas vidas ella se llevó.

Mártires, de Ignacio Cascón Hernández (IES ALFONSO VIII 1º BACH.)

Ya es 26 de febrero y procedemos a desmontar las obras del artista neoyorquino Bill Viola, que trajeron a Cuenca reunidas en la exposición “Vía Mística”. Hace dos días que finalizó la muestra, cuatro meses durante los cuales, conquenses y turistas han podido disfrutar de estas obras de videoarte espiritual exhibidas en edificios extraordinariamente bellos del casco antiguo.

Pero ahora toca la parte invisible de la exposición, desmontarla. Son las ocho de la mañana y subo desde la ermita de las Angustias (donde he aparcado la furgoneta) por la fatigante cuesta escalonada. Me dirijo a la iglesia de San Miguel, donde, a mi parecer, han estado expuestas las mejores obras; de difícil interpretación, sí, pero capaces de transformarte por dentro. Recuerdo con especial admiración la obra llamada “Mártires” en la que aparecían cuatro personas, cada una de ellas muerta a causa de uno de los cuatro elementos. Hace tres semanas que vi la obra en cuestión y aún me transmite inquietud recordarla.

Abro el candado que mantiene cerrada la reja por las noches, y entro al adoquinado patio de la iglesia, desde donde se obtiene una deslumbrante vista de la hoz del Júcar. Suspiro, con ganas de acabar el desmontaje y me adentro en la iglesia. Enciendo las luces y levanto la pantalla sobre la que se ha proyectado estos días “La ascensión de Tristán”, cuando, como si de un *déjà vu* se tratara, me topo con un cuerpo sin vida atado de pies y manos con una soga colgada del techo. Me quedo mudo de la impresión, petrificado sin saber qué hacer.

Tras un lapso de tiempo que no sería capaz de decir cuánto duró, mi cerebro se sobrepuso y mis músculos obedecieron, salí corriendo de la nave de la iglesia y llamé a toda prisa a la policía para explicarles la situación.

La llegada de la policía fue muy rápida. Tras explicarles brevemente lo que acababa de ver, entramos en la iglesia para investigar lo ocurrido. Sabiendo lo que me esperaba, la impresión que me produjo fue menor, lo que me permitió observar con mayor claridad los detalles. El parecido del cadáver con el que aparece en la obra “Mártir del aire” que adorna la sala contigua era enorme y, tras haber realizado las pertinentes fotografías de la escena, nos acercamos al cuerpo, dándome cuenta de que había una nota a sus pies.

- ¿Alguien me puede explicar qué hace un civil aquí?
- Es el operario que nos avisó.

- Me da igual quién sea. Que espere fuera a que le tomen declaración. - Vociferó un inspector de policía al que todos en Cuenca conocíamos por su mal genio.

Después de contar lo ocurrido a un joven policía, me dispuse a tomar un café en un bar cercano con mis compañeros, para reponerme del susto.

Por la tarde, ya media ciudad había leído en Voces de Cuenca lo ocurrido, y la otra mitad se había enterado a través de Twitter. Prometo que no tuve nada que ver con la difusión de la noticia y que únicamente se lo conté a mis amigos más cercanos. Es posible que no reparara en que uno de ellos trabaja para la prensa...

De todas maneras, al día siguiente, después de haber leído todo tipo de teorías conspiranoicas sobre lo acontecido, la policía convocó una rueda de prensa en la que explicó lo sucedido. Tras hablar de la existencia de una nota donde se confesaba el suicidio, el inspector pasó a describir los aspectos técnicos que rodeaban al estado del cadáver: su similitud con el mártir del aire, de la cual yo fui testigo; de las marcas que adornaban sus muñecas y tobillos fruto de la soga que los ataba; y, por último, nos informó de que el interior del estómago se encontraba lleno de plásticos.

El revuelo fue generalizado por toda la sala, y el policía, con el fin de contestar el aluvión de preguntas que hacían los periodistas, no solo de medios conguenses, también de medios nacionales, procedió a la lectura de la nota de confesión que se hallaba a los pies del cuerpo; y que explicaba los motivos que le habían llevado a suicidarse:

“Yo, Manuel Torrijos, con esta nota procedo a explicar los motivos que me han conducido a este fatídico desenlace; con la intención de despertar las conciencias de todos quienes la lean y conseguir con la muerte lo que no fui capaz de conseguir con la vida.

Nací en Cuenca en 1972 y todavía hoy, un día antes de mi muerte, recuerdo con nostalgia los 18 años que aquí pasé, hasta que me trasladé a Barcelona para estudiar Ciencias Ambientales movido por una preocupación a causa de las pésimas perspectivas de futuro que le deparaban a la Tierra, y con la inocente creencia de que, con mi trabajo, sería capaz de salvar el planeta.

Tras haberme graduado, empecé a trabajar en un instituto público de investigación. El puesto no estaba bien pagado, pero hacía lo que me gustaba. El objeto de mi estudio fueron las consecuencias en los océanos y mares del aumento del efecto invernadero: desde el impacto en los casquetes polares, hasta cómo el aumento de la temperatura variaba las rutas migratorias de peces y cetáceos.

Los últimos años de mi carrera, que he pasado al servicio de una de ONG ecologista, los he dedicado a analizar el impacto de plásticos en organismos vivos. En este tiempo, una frustración cada vez mayor se ha ido apoderando de mí, una impotencia fruto de ver cómo nadie hacía lo más mínimo por mejorar la situación actual de los mares. Recibiendo cada día datos más alarmantes sobre especies amenazadas por culpa de estos plásticos que flotan por los océanos, y saber que los peces que comemos nos producen desequilibrios endocrinos debido a la presencia de microplásticos con hormonas que se adhieren a sus tejidos.

La gota que colmó el vaso fue, cuando hace dos meses me diagnosticaron un cáncer de pulmón, terminal, fruto de la elevada contaminación a la que estamos expuestos. Tras recibir la noticia, vine a Cuenca a poner en orden unos asuntos, y, al visitar la exposición de la que todo el mundo hablaba, “Vía Mística”, decidí que yo también iba a convertirme en mártir de una causa, al igual que los que adornan la iglesia de San Miguel.”



“(…) Meses después de la muerte de Manuel, nada ha cambiado, y la humanidad parece condenada a ser su propio verdugo; la policía no ha encontrado a quien le ayudara a llevar a cabo su reivindicativo final (…)” se lee hoy en los periódicos.

Un solo día, de Carmen Lucía Jarabo (Colegio “LA SAGRADA FAMILIA”, CUENCA, 1º BACH.)

¡Maravilloso! Eran las cinco de la mañana, apenas había dormido gracias a su irritante vecina y su música hasta las tres de la mañana. Para colmo, tenía que lidiar con los periodistas y los padres de la víctima. Además, era su cumpleaños.

Dejando de lado su deplorable estado de ánimo, había trabajo que hacer. Los desconsolados padres, no aportaban demasiado.

- ¿Hay algo más que quiera contarme, señora Carrasco?

La mujer tan solo atinó a negar desde el pecho de su esposo, que la abrazaba con fuerza. No la culpaba, su hija estaba muerta y el asesino todavía estaba suelto.

- Bien, avísenme si necesitan algo.

Y se fue de allí, aunque preferiría quedarse, puesto que ahora le tocaba la rueda de prensa. Ninguno de sus compañeros quería hacerla. Él había sacado el palito corto.

- Hasta que no se realice la autopsia, no podemos dar detalles - repitió por enésima vez.

Odiaba las entrevistas.

- ¿Es cierto que usted vive en el edificio del crimen?

Suficiente. No tenía ánimos para falsas acusaciones, ya se olvidarían del tema.

- Eso es todo, les mantendremos informados.

- ¡Millán! Ven aquí. Estupendo, su jefe.

- ¿Sí?

- Quedas al mando, debo ir a Madrid. Quiero informes diarios, ¿queda claro?

- Cristalino.

Genial, y ahora a organizar a sus compañeros.

- Bien, mucha suerte.

Afortunadamente no hubo más charla. El jefe del departamento se fue, y Carlos bajó al cuarto de calderas, de donde ya habían retirado el cadáver.

Cómo no, no había luz en aquel habitáculo, solo la proporcionada por las linternas de los agentes.

- ¿Algo interesante, chicos?

Era hora de hacer uso de sus inexistentes habilidades sociales.

- Nada..., aún. Solo sangre y telarañas. ¿Y Muelas? - dijo Santiago, el más joven de los seis agentes del equipo.

- Ha tenido que marcharse a Madrid - respondió Carlos.

- Es decir, que se ha ofrecido voluntariamente a salir en la tele... - esta vez fue Francisco el que habló.

Rieron, pero continuaron inspeccionando la escena del crimen en busca de algo que les diera alguna pista sobre lo que había pasado.

Pasadas tres horas poco productivas, dejaron el escenario del crimen. El asesino era poco elegante a la hora de matar, pero tuvo cuidado de no dejar ninguna pista que le incriminara. Brillante, pero frustrante para el pequeño equipo responsable de la investigación. Cuando salieron a la calle, ya era mediodía. Mientras Carlos les indicaba a sus compañeros los pasos a seguir a partir de lo que tenían, una figura les observaba desde la esquina de la calle. Carlos se dio cuenta de ello, y el resto de los agentes también.

- ¿Quién es ese? - preguntó Sara.

- Tranquilos, yo me encargo - dijo Carlos.

Los cinco agentes, aunque recelosos, se fueron hacia el cuartel. Carlos, por su parte, se encaminó hacia la figura, que desapareció tras la esquina cuando ya estaba a pocos pasos. Paró justo antes de doblar la esquina, y habló al aire.

- Si vuelves a hacer eso, es muy probable que te arresten como sospechoso, Félix.

Continuó caminando, y a la vuelta se encontró con un hombre riendo apoyado en la pared.

- Míralo por el lado positivo. Me verías todos los días - el comentario arrancó una sonrisa torcida de los labios del agente – por cierto, ¡feliz cumpleaños!

- Gracias. ¿Puedo pedirte que vengas esta noche a mi casa? Hay algo del caso que no me cuadra.

- Claro, nos vemos esta noche.

- Hasta la noche.

Cada cual siguió su camino.

- Bien, ¿qué tenemos? - dijo Carlos nada más entrar por la puerta del departamento.

- Hemos descartado a la mayoría de los vecinos del edificio, ya que no se encontraban en él a la hora del asesinato... - comenzó Santiago.

- ¿Tenéis pruebas? - interrumpió Carlos

- Sí. - intervino Soraya -. Comprobamos sus coartadas y son válidas. De hecho, podemos descartar a bastantes sospechosos. Cinco de las veintitrés viviendas están

desocupadas. Ocho están habitadas por personas de la tercera edad, que no pueden haber cometido el asesinato. Seis, estaban vacías esa noche, y una es la tuya. Solo nos quedan tres viviendas en las que podría estar el asesino- concluyó satisfecha.

- Bien hecho, pero ¿por qué me descartas tan rápido?

Esa pregunta bastó para que todos en la estancia se pusieran tensos. Nadie contemplaba la posibilidad de que el propio Carlos fuera el asesino. Tras unos segundos de duda, Francisco fue el único en reaccionar.

- Si tú fueras sospechoso, Muelas no te habría dejado al mando.

- Buen argumento, sigamos - dijo Carlos sonriendo. Con ello, los demás agentes soltaron el aire que estaban reteniendo.

Una hora después, había avances. Gracias a las cámaras de seguridad del bar de enfrente del edificio, pudieron descartar cualquier sospechoso de la calle. Nadie ajeno al edificio había entrado en él.

Por otra parte, los resultados preliminares de la autopsia habían llegado. Con ellos, descartaron a diez de los trece sospechosos que había en el edificio en el momento del asesinato. El asesino era una persona fuerte y de, aproximadamente, un metro ochenta de altura. Otro sospechoso fuera. Solo quedaban dos. David y Marcos fueron los encargados de interrogarles, mientras los demás esperaban el informe completo de la autopsia.

Éste llegó a las ocho de la noche. Fue rápido. Demasiado. Hora de la muerte: las tres de la madrugada. Causa: corte profundo en la yugular externa.

Mientras la comentaban, David llegó corriendo al despacho.

- ¡Lo tenemos! - exclamó. - Tardó un poco, pero finalmente confesó. Marcos está con él en la sala.

Todos bajaron a escuchar la confesión. No tenía desperdicio. Al parecer, estaba enamorado de ella, pero le rechazó. Él, furioso, esperó a que estuviera sola en su piso para matarla. "Si no quiere estar conmigo, no estará con nadie más".

Listo. Un par de papeles firmados por Carlos en nombre de su jefe, y Ricardo Gómez Parrilla estaría en la cárcel por asesinato. Previo juicio, por supuesto, pero acabaría entre rejas. Habían resuelto un caso en un día, quizás demasiado rápido.

.....

Al final su cumpleaños no había salido tan mal. Después de acabar sus informes, a eso de las once de la noche, Carlos fue a su casa donde le esperaba Félix. Cogió sus maletas y fueron hacia su coche. Catorce horas más tarde, estaban en París, desde donde

cogerían un vuelo a Bruselas. Allí, nadie los conocería. Nadie sabría que Carlos asesinó a Luisa por su molesta música nocturna, y que amenazó a su vecino para que dijera que fue él. Tampoco que Félix le había ayudado.

***La fiesta de los Coppola*, de Lidia Isabel Martínez Redondo (IES ALFONSO VIII
2º BACH.)**

Aquella noche de verano el cielo añil se tiñó de sangre. El navío que surcaba las pacíficas aguas gritó en la noche y provocó la desesperación de los invitados. Aquello ocurrió a la una y tres minutos de la mañana del nueve de julio...

Tres días antes del incidente, el inspector Giotto Rizzo recibió una invitación. El festejo se celebraría el día nueve de julio, en la embarcación de Alonzo Coppola, gran amigo de la familia. Estaba ilusionado. El hijo del gran empresario había sido amigo suyo y hacía años que no le veía. El señor Rizzo, que en paz descansara, había informado hacía años al joven Giotto de que el pequeño Coppola había estudiado derecho en la universidad de Roma. Deseó haber escrito al joven durante aquellos vacíos años.

Giotto Rizzo lloraba entre tazas de café e informes de testigos. El caso le consumía, le desvelaba. Bajo sus ojos se había formado púrpuras bolsas y sus mejillas se hundían cada día más. Consultó informes, pruebas, móviles... todo. No encontró nada.

Los ofuscados pensamientos del inspector se vieron interrumpidos ante la forzosa llegada de su compañero Ricci, que hizo saltar del asiento al angustiado Rizzo. Atenazaba con su brazo izquierdo a un enjuto anciano mientras que con el derecho apuntaba su sien con un revólver. El hombre, que en tales circunstancias debía haberse mostrado cohibido, sonreía socarronamente al inspector Rizzo.

-La policía local ha atrapado a este mequetrefe en la plaza de España gritando a los cuatro vientos que había una bomba, señor. Lo enviaron al cuartel y pensaron en dejarlo allí, hasta que comenzó a hablar del festejo que celebró el señor Coppola el nueve de julio.

El inspector se levantó airado de su asiento y se acercó al prisionero.

-¿Qué sabes tú de eso, pequeña rata?

-Yo sólo sé que no sé nada, señor inspector –susurró con su desnuda boca- Yo sólo sé que no sé nada...

En las espaciosas salas del navío se respiraba el embriagante hedor del jolgorio y de la fiesta. Los camareros portaban lujosas bandejas con copas de champaña y los músicos reproducían hermosas sinfonías al son de los bailarines. El lujo se percibía en cada mueble, plato y vestido. El inspector Rizzo buscaba con la mirada al hijo del anfitrión sin ningún resultado. Al fin desistió y disfrutó de la fiesta. Transcurrieron las horas, y al igual que el cielo, las vistas se nublaron y los sentidos se cegaron. A diferencia de muchos grandes magnates, el señor Coppola sabía organizar convites. Rizzo bailaba y reía dando traspiés, inconsciente de su alrededor, cuando unas familiares manos sujetaron sus hombros. Por fin había encontrado a Lorenzo Coppola.

El inspector Rizzo había salido de la sala de baile para dar un paseo por la cubierta del barco. Fumaba un cigarrillo observando el mar, cuando un grito rasgó el silencio de la noche. El detective permaneció inmóvil, atribuyendo el aullido a las víctimas de la juerga, deducción que ignoró completamente. Arrojó el cigarro a las oscuras aguas, y corrió hacia la sala de baile. Los invitados cerraban un círculo en torno al cuerpo de un hombre cuyo rostro estaba desfigurado: Lorenzo Coppola, que minutos antes había estado con Rizzo, estaba muerto.

-¡No me vengas con gilipolleces! –bramó Rizzo agarrándole de la sucia camisa-
¡Habla!

-Le daré una sola pista, señor inspector. Sólo si me suelta, claro. Ha de saber que la bebida y yo no congeniamos. Me sienta muy mal. Yo no diría tales cosas, y menos en la plaza, si no fuera bajo los efectos del...

-¡Hable ya, señor! No tenemos todo el día.

-Está bien, está bien...Oiga con atención.

El inspector Rizzo sintió las lágrimas brotar de sus ojos. No escuchaba nada. No veía nada. Se derrumbó en el suelo cual muñeco de trapo, y no recuperó la conciencia hasta lo que le parecieron siglos. A pesar de haber visto los peores crímenes, aquel era, sin duda, el peor de todos.

Fue un puro explosivo lo que causó la muerte del joven Lorenzo. La familia estaba destrozada.

Transcurrida una semana, Rizzo visitó la mansión de los Coppola, aquella que tanto había transitado en su juventud. El anciano de comisaría le había aconsejado visitarla para obtener pistas. Pero, ¿de dónde? Dudaba que Lorenzo, al que tanto había conocido, guardara secretos en su dormitorio, al alcance de sirvientes y familia. Era demasiado inteligente para ello. De haber tenido que esconder algo, lo hubiera hecho en su despacho; sin embargo, éste fue registrado por Rizzo el día del asesinato. No encontró nada inusual.

A pesar de que la casa ya había sido inspeccionada, decidió seguir las indicaciones del anciano. Nada podía ya perder.

Fue bienvenido con hospitalidad y gratitud, aunque el ambiente que se respiraba era de tristeza y de dolor. Los padres del joven, conversaron con Rizzo. El inspector rememoró los buenos momentos en aquel salón con Lorenzo. Ambos jóvenes se sentaban a tertuliar y a fumar cigarros. Recordaba robarlos de las estancias de la casa. Su hermano Carlo, que siempre había sido muy exigente con ello, entraba en cólera cada vez que les sorprendía delinquiendo.

Aquellos recuerdos permitieron aclarar sus ideas. Abandonó el salón, dejando a los dolidos padres con una mueca de sorpresa, y se dirigió a las habitaciones. Conocía la casa muy bien, así que no encontró difícil la búsqueda de la estancia. Ahí estaban, sobre la mesa, en un humidor de plata sumamente caro. El culpable iba a pagar por ello.

El anciano había resultado ser el sirviente de los Coppola. Antes de que Carlo partiera a América el uno de julio, lo había oído hablar por teléfono con un amigo suyo. Obtuvo aquellos puros con la intención de hacerle una inocentada a su hermano, irritado por el continuo robo de éstos. Los dejó en su humidor, y esperó pacientemente el momento. Su objetivo era sólo provocarle un pequeño susto. Sin embargo, el resultado no fue el que esperaba. Dos semanas después, su hermano estaba muerto. Carlo ni siquiera supo la noticia hasta que volvió de América, un mes más tarde. La carta que se envió no llegó nunca a su destino.

Aquella trágica muerte abatió al inspector Rizzo. Pensó que, tal vez, hubiera preferido que su muerte no hubiera sido un simple accidente. La mala fortuna había alcanzado hasta a los Coppola. ¿A quién no podía ya abordar?

Se sentó en su escritorio, afligido, y observó las cartas, aquellas que nunca envió, que había sobre la mesa. Una lágrima emborronó la tinta. El inspector Rizzo no volvió nunca a ser el mismo.